Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de TIERRA

Ilustraciones de Javier Delgado

El travieso Mondragó vuelve a hacer de las suyas. Alborota a todos los dragones en las dragoneras del colegio y el director le da a Cale un ultimátum: si quiere seguir llevando a su dragón con él, debe ir todas las tardes a la dragonería para que sea adiestrado. Una vez allí, Antón, el dragonero, le pide ayuda a Cale con las incubadoras de las futuras crías de dragones. El trabajo parece fácil, hasta que alguien… o algo… los encierra en la incubadora horno de los compactiformes y unos extraños seres disfrazados de plantas roban algunos huevos de dragón. ¡URGENTE! ¡Cale y sus amigos deben recuperarlos antes de que sea demasiado tarde!

Ana Galán

Dragones de tierra

Mondragó. Crias de dragón - 1

ePub r1.1
Titivillus 29.05.2020

Título original: *Dragones de tierra*
Ana Galán, 2016
Ilustraciones: Javier Delgado González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Samaradó
Montañas Glaciares
Mar Ejada
Herrería
Horno
Cuevas del Trol
Bosque de la Niebla
Dragonería
Colegio
Castillo de Wickenburg
Castillos del pueblo

PERSONAJES

CALE

Inteligente, deportista y divertido. Tiene una misión y no descansará hasta que la cumpla.

MONDRAGÓ

No es un dragón como los demás. No puede volar, se distrae con las moscas, se tropieza todo el rato y estornuda sin parar, echando fuego por la nariz.

CASI y CHICO

Casi, el mejor amigo de Cale, casi siempre tiene buenas ideas. Chico es su dragón.

ARCO y FLECHA

Arco es el irresponsable e hiperactivo del grupo. Sus padres le obligan a usar casco cuando monta

en su dragón, Flecha.

MAYO y BRUMA

Mayo es muy disciplinada ¡y muy valiente! Le encanta entrenar a su dragona, Bruma.

Lo que ha pasado hasta ahora

Cale y sus amigos, Casi, Arco y Mayo, descubrieron que en Samaradó estaba sucediendo algo muy inquietante: un verdugo encapuchado se dedicaba a talar los árboles parlantes del Bosque de la Niebla. Para recuperarlos, el Roble Robledo les encomendó una misión: encontrar seis semillas muy especiales y sembrarlas en el bosque en una noche de plenilunio. Después de muchas aventuras peligrosas y emocionantes, los cuatro chicos con sus dragones consiguieron su cometido. ¡Pero no solo eso! Gracias al dragón de Cale, Mondragó, lograron además desenmascarar al verdugo. No era ni más ni menos que el alcalde del pueblo, Wickenburg, ayudado por su hijo Murda. Ambos fueron detenidos y llevados ante el comité del pueblo.

Los miembros del Comité celebraron el juicio en el Círculo de las Reuniones. Wickenburg y su hijo Murda estaban acusados de talar los árboles del Bosque de la Niebla, meter en las mazmorras a un hombre inocente y poner en peligro a todos los ciudadanos del pueblo. Las pruebas eran indiscutibles. Wickenburg era culpable, y como castigo, los desterraron a él y a su hijo al lugar más peligroso del mundo: la Tierra Sin Dragones, una zona montañosa llena de acantilados y cuevas escondidas en las laderas rocosas, donde vivían los malhechores y delincuentes más sanguinarios de todos los pueblos; un territorio sin leyes donde solo sobrevivían los más fuertes. El destino perfecto para alguien tan perverso como Wickenburg.

Había pasado algo más de un año desde que el alcalde y su hijo fueron desterrados y Samaradó volvía a ser el lugar tranquilo y seguro que todos conocían. Al señor Carmona, el padre de Cale, lo nombraron nuevo alcalde del pueblo y su primera labor fue acompañar al dragonero Antón a la Tierra Sin Dragones, donde

habían dejado a Wickenburg y a su hijo. A la vuelta, el alcalde Carmona salió de nuevo de viaje para presentarse a los alcaldes de todos los pueblos vecinos y hacer que la paz siguiera reinando en el país.

Todo había vuelto a la normalidad.

CAPÍTULO 1

VUELTA AL COLEGIO

Cale, Casi, Arco y Mayo regresaron al colegio y a su rutina diaria de clases, deportes y ¡deberes! ¡Tenían más deberes que nunca! Ahora que estaban en quinto, las clases eran más difíciles: geografía, anatomía de dragones, conservación de castillos, armas y justas…

En la clase de armas que se impartía en el castillo amurallado donde estaba su colegio, el aburrido profesor Trabuco hablaba de las características de las ballestas, catapultas, espadas y alabardas. El tono monótono de su voz conseguía dormir a cualquiera.

Cale miró a Mayo. Su amiga prestaba atención y tomaba apuntes con su pluma en un pergamino. Mayo era muy buena estudiante y siempre sacaba las mejores notas de la clase.

Casi, el otro amigo de Cale, estaba igual de aburrido que él, y en lugar de escuchar al profesor, se dedicaba a hacer planos de nuevos inventos. Inventos que «casi» siempre salían bien, como el mondramóvil que había hecho para que Cale se pudiera desplazar de un lado a otro con su dragón Mondragó. El cuarto del grupo, Arco, todavía no había llegado. ¿Estaría enfermo?

Cale pensó en su dragón y se preguntó qué estaría haciendo en ese momento.

Mondragó no era un dragón como los demás. Tenía el cuerpo muy grande y unas alitas demasiado pequeñas. El día que cumplió once años y el dragonero, Antón, se lo asignó, Cale no pudo disimular su decepción. Había esperado mucho tiempo para tener su propio dragón y soñaba con recorrer todos los rincones del pueblo volando a lomos de su fiel animal. No tardó mucho en descubrir que sus planes no iban a salir como había imaginado. Su dragón era demasiado juguetón, se distraía con cualquier cosa, estornudaba lanzando bolas de fuego ¡y no podía volar! Aun así, Cale no lo cambiaría por ningún otro dragón del mundo. Mondragó no solo les había salvado la vida en más de una ocasión, sino que además le gustaba nadar, rebosaba energía y siempre estaba de buen humor.

Mientras Cale recordaba las aventuras que había vivido con su dragón, se abrió la puerta de la clase y apareció el loco de Arco. Llevaba el casco puesto, como siempre. Sus padres lo obligaban a usarlo en todo momento porque era un insensato y no querían que se rompiera la cabeza.

Arco aprovechó que el profesor Trabuco estaba de espaldas escribiendo algo en la pizarra para llegar a su pupitre sin que lo viera, pero se tropezó con una silla y casi se cae al suelo.

¡PATAPLAF!

Trabuco se dio la vuelta y observó a Arco por encima de sus gafas.

—Vaya, vaya, mira quién se ha dignado a venir a clase. Supongo que habrás hecho los deberes como siempre, ¿no? —dijo sarcásticamente.

Arco se enderezó, se colocó el casco en su sitio y metió la mano en el bolsillo para sacar un trozo de pergamino arrugado.

—Sí, aquí están, pero mi dragón Flecha se comió un trozo —dijo pasándole el trozo de papel.

El profesor lo recogió con cara de asco. Estaba totalmente mojado y solo se veían unos garabatos.

—Entiendo que tu dragón tenga que comer, pero me temo que no puedo aceptar esa disculpa —dijo—. Esta tarde te quedarás en el colegio a terminar tus deberes. Ahora, sigamos con la clase.

El profesor se volvió de nuevo hacia la pizarra mientras Arco se sentaba en su pupitre. ¡Otra vez castigado después del colegio! ¡Qué lata!

Mientras Trabuco hablaba del complicado mecanismo de las catapultas, una paloma mensajera entró volando por la puerta entreabierta y se posó en la percha que había al lado de la mesa del profesor.

—¿Qué pasa ahora? Parece que uno no puede dar la clase en paz —dijo el profesor sacando el pequeño rollo de pergamino de la funda de cuero que llevaba la paloma en la pata. Lo leyó en voz alta—: Cale Carmona, ve inmediatamente al despacho del director.

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó Cale sorprendido.

—Señorito Carmona, en lugar de hacer tantas preguntas, levántate de tu silla y ve a averiguarlo.

Cale se levantó. Las miradas de todos sus compañeros se clavaron en él. ¡Una visita al director! ¡Eso nunca eran buenas noticias!

Avanzó por los pasillos de piedra del colegio preguntándose por qué querría hablar con él el director. Hasta ahora no se había metido en ningún lío y entregaba sus deberes a tiempo. Subió un tramo de escaleras y llamó a la puerta del despacho del señor Loreto.

TOC, TOC, TOC.

—Adelante. —Sonó una voz desde el interior.

Cale entró. El señor Loreto estaba sentado en su silla de madera repasando unos pergaminos. Era un hombre alto de nariz aguileña que vestía una túnica verde y amarilla, como casi siempre. Su ropa y la nariz le daban aspecto de loro.

«A lo mejor, por eso se apellida Loreto», pensó Cale.

—Carmona —dijo el director—. Siéntate, por favor.

Cale hizo lo que le pedía.

—Te he hecho venir porque esto no puede continuar así —dijo el director—. Tu dragón está causando demasiados problemas. Se dedica a alborotar a los dragones del resto de los alumnos y ha vuelto a romper la valla de las dragoneras del colegio. ¡Míralo con tus propios ojos!

Cale se asomó a la ventana. Efectivamente, Mondragó correteaba dentro de las dragoneras persiguiendo y acorralando a todos los dragones, que iban de un lado a otro asustados. Dos mozos de cuadra estaban intentando arreglar la valla rota y poner calma.

—Me temo que tendrás que tomar clases particulares para entrenarlo —continuó el director—. Ya he hablado con Antón y hoy mismo irás a la dragonería después del colegio para que te enseñe a controlarlo. Si no consigues adiestrarlo para que se comporte como es debido, me veré obligado a prohibirte que lo traigas al colegio.

—¿Hoy viernes? ¡Imposible! ¡Tengo entrenamiento! —protestó Cale—. Y la semana que viene también, todos los días. Dentro de un mes tenemos un torneo y el entrenador dijo que si faltábamos algún día, nos expulsaría del equipo, y además tengo que…

—Tú sabrás lo que haces —lo interrumpió el director—. Puedes elegir entre ir a los entrenamientos y no traer a tu dragón al colegio o ir a las clases particulares con Antón. Ya no tenemos nada más que hablar. Regresa a tu clase.

Cale se levantó y salió del despacho.

«¿Qué hago ahora?», se preguntó mientras avanzaba por los pasillos.

Cuando entró en la clase, se dejó caer en su silla con cara de mal humor. Sus amigos lo observaban preguntándose qué había pasado. Cale los miró y negó con la cabeza. Más tarde se lo contaría.

Durante todo el día, Cale no fue capaz de concentrarse. Solo quedaba una hora para terminar el colegio y todavía no había tomado una decisión. Si dejaba a Mondragó en su castillo, sería el único de quinto que iría andando al colegio, o lo que era peor, lo tendrían que llevar sus padres en sus dragones. ¡Todos se reirían de

él! Además, no le gustaba la idea de dejar a su dragón solo todo el día en el castillo. Por otro lado, los entrenamientos eran importantes. Había trabajado mucho para entrar en el equipo. Se había entrenado con la lanza, tenía una armadura ultraligera y sabía que ese año podía ganar el torneo.

«¿Qué hago?», seguía preguntándose cuando sonó la campana anunciando que las clases habían terminado.

CLING, CLING, CLING.

Cale se levantó de su mesa y salió en dirección a las dragoneras a recoger a su dragón, acompañado de Casi y Mayo. Arco se había quedado con el profesor de armas a hacer sus deberes.

—Mayo va a venir a mi castillo a probar mi nuevo invento, el guerrero mecánico, ¿te apuntas? —le preguntó Casi.

—No puedo —dijo Cale—. Tengo que ir a la dragonería con Antón.

Cale había tomado una decisión: su dragón era más importante que cualquier deporte. Si se esmeraba, a lo mejor terminaba pronto y llegaría a tiempo al entrenamiento.

Mientras les ponían las riendas y los cabezales a sus dragones en las dragoneras vieron llegar a Nadia y a Abel Crombi, los más populares del colegio. Abel era un gran deportista y todas las chicas suspiraban por él. El chico sujetaba en una mano la montura de su dragón, Atila, y en la otra cargaba una bolsa enorme y muy pesada donde llevaba todo su equipo de las cruzadas: la armadura, varias lanzas de madera y un escudo.

—Cale, ¿vienes al entrenamiento? —le preguntó mientras ensillaba a su dragón.

—Hoy no puedo. Tengo una emergencia —contestó Cale, y le dio un trozo de pergamino—, pero, por favor, dale este mensaje de mi parte al entrenador.

—Espero que tengas una buena disculpa —dijo Abel Crombi—. Ya sabes cómo se enfada. Bueno, hasta luego.

Abel se echó la bolsa a la espalda. Era muy pesada, pero él la levantó como si estuviera llena de plumas. Al moverla, estuvo a punto de darle a Casi en la cabeza. Por suerte, el chico se agachó justo a tiempo. Después, Abel se subió a su dragón y se alejó volando mientras Nadia lo observaba con un brillo en los ojos.

—¿Habéis visto cómo ha levantado la bolsa como si nada? —dijo Nadia sin dejar de mirarlo—. ¡Abel es tan fuerte…!

—Pues no, no me he fijado. ¿Llevaba una bolsa? —contestó Casi un poco molesto. Cale y Mayo se rieron al oír su comentario, aunque sabían que, en el fondo, a Casi no le hacía mucha gracia. ¿Por qué algunos chicos tenían que ser tan altos y fuertes y él todavía no había dado el estirón?

—Bueno, yo también me tengo que ir —dijo Cale subiéndose al mondramóvil.

—¡Lleva tu paloma mensajera y avísanos cuando acabes! —dijo Mayo.

—Aquí la tengo —dijo Cale mostrándoles la pequeña jaula que tenía en su vehículo de madera—. ¡Hasta luego!

—¡Suerte! —dijeron Casi y Mayo a la vez.

Cale agitó las riendas y Mondragó salió por el camino en dirección a la dragonería, mientras sus amigos se alejaban volando en sus dragones hacia el castillo de Casi.

CAPÍTULO 2

LA DRAGONERÍA

Cale recorrió los caminos de tierra de Samaradó en el mondramóvil tirado por Mondragó. Su dragón se distraía de vez en cuando al ver a los conejos saltar en el campo e intentaba perseguirlos, pero Cale mantenía las riendas bien sujetas y no dejaba que se desviara. Cuanto antes llegaran, antes terminarían.

Era un día soleado de principios de otoño y las hojas de los árboles ya empezaban a cambiar de color. Los campos de cultivo estaban dando sus últimas cosechas antes de que llegara el frío invierno con sus nieves. Los frutales estaban decorados de manzanas, higos y peras, listos para recoger.

Cale y Mondragó subieron y bajaron colinas, y por fin, a lo lejos vieron el gran caserón hecho de troncos de madera de la dragonería. Allí vivía Antón, siempre cerca de sus dragones.

Cale agitó las riendas y Mondragó cabalgó hasta la entrada de la finca.

La gran puerta del caserón estaba cerrada y no se veía a Antón por ninguna parte.

—¡Antón! ¡Hola! —llamó Cale—. Ya estoy aquí.

Al no recibir respuesta, el muchacho se bajó del mondramóvil, agarró a Mondragó por las riendas y miró a su alrededor. A la derecha estaba la enfermería, el lugar donde descansaban los dragones heridos o enfermos. Un pequeño dragón verde asomaba la cabeza por la puerta de su establo. Tenía un ala vendada. Era el dragón de un compañero de colegio de Cale que había chocado recientemente contra un árbol.

Cale se acercó y le acarició la cabeza al dragón herido. Mondragó también quería saludarlo y arrimó su inmensa nariz para olfatearlo. El dragón se movió intranquilo. Estaba claro que no le gustaba mucho estar ahí.

—Mejor lo dejamos descansar. Vamos a buscar a Antón —dijo Cale tirando de las riendas de Mondragó.

Se metieron por el camino que daba a la parte de atrás de la casa. A la derecha vieron seis pequeñas cabañas construidas alrededor de un pozo. Todas eran distintas y tenían las puertas cerradas. Un cartel de «NO PASAR» recordaba a los visitantes que ahí solo podía entrar el dragonero.

A la izquierda se encontraban los grandes corrales donde correteaban los dragones jóvenes, vigilados de cerca por sus madres. Dentro de un corral pequeño y más próximo al caserón, Cale vio a Antón, el corpulento dragonero. Estaba dando de comer a tres dragones impresionantes. Cale los reconoció inmediatamente. Los dos más grandes eran los dragones gemelos del exalcalde Wickenburg, dos animales exactamente iguales,

feroces y malvados. El otro era Bronco, el dragón de Murda, al que le gustaba arrastrarse por el suelo y amenazar a sus víctimas con rugidos y bolas de fuego que expulsaba por la nariz.

—Hola, Antón —repitió Cale acercándose con Mondragó.

—¡Cale Carmona, bienvenido! —respondió Antón—. Anda, ven aquí y ayúdame a dar de comer a estas bestias.

Cale dudó. Sabía que esos dragones eran muy peligrosos y no quería acercarse. Antón notó su indecisión.

—Cale —dijo—, no tengas miedo. Estas fieras son auténticos corderitos. Hay algo que no debes olvidar: los dragones NUNCA son malos. Son los dueños los que los adiestran para hacer cosas que no deben. Mira —dijo metiendo la mano en la boca de Bronco para demostrar su teoría—, ¿ves? No hace nada.

Cale ató las riendas de Mondragó a un poste y atravesó la pequeña puerta del corral esperando que Antón tuviera razón. Al fin y al cabo, él era el que más sabía de dragones de todo el reino y el que los cuidaba cuando se ponían enfermos. En cuanto puso los pies en el corral, los dragones bufaron. Cale se puso detrás de Antón, y sin quitarles la vista de encima, ayudó al dragonero a llenar los comederos. Un segundo después, los dragones se lanzaron a devorar su comida. Cale salió disparado del corral antes de que pensaran que él era parte de su ración de pienso. Antón les dio unas palmadas en el lomo, cogió el saco de comida de dragones y salió del recinto.

—Y ahora vamos a ver qué hacemos con este pequeño desobediente —dijo acercándose a Mondragó y quitándole las cinchas del mondramóvil—. Empezaremos con una pequeña lección de paciencia. Toma —añadió dándole a Cale un puñado de pienso—, guarda esto en el bolsillo. Quédate con uno o dos trozos en la mano y pídele que se siente.

Cale sujetó el pienso y miró a su dragón.

—¡Mira lo que tengo! ¡Una galletita! ¿La quieres? —le dijo.

Mondragó, al verlo, salió disparado, le puso las patas a Cale en el pecho, lo tiró al suelo ¡y se zampó el pienso en un segundo! Después metió el morro en el bolsillo de los pantalones de su dueño para ver si tenía más comida.

—¡No, no, no! —protestó Antón—. Eso es precisamente lo que NO debes hacer. No puedes permitir que te robe las cosas sin

permiso. Si quiere algo, tiene que trabajar para ganárselo. Déjame que te muestre cómo se hace.

Antón cogió un puñado de pienso, miró a Mondragó y le ordenó:

—¡Siéntate!

El dragón intentó olfatear el pienso, pero Antón apartó la mano y lo miró fijamente.

—¡Siéntate! —repitió levantando un dedo.

Mondragó alzó la cabeza sorprendido, y al darse cuenta de que no iba a conseguir nada, obedeció y se sentó.

—¡Muy bien! —dijo Antón dándole una bolita de pienso y acariciándole su gran cabeza. Después miró a Cale, que seguía sentado en el suelo—. ¿Has visto? Mondragó es muy inteligente y sabe muy bien con quién puede jugar. Esa ha sido la primera lección. Vas a tener que practicarla todo el fin de semana. Y ahora, ¿por qué no lo dejas en el corral y seguimos dentro de un rato?

Tengo que echar un vistazo a las incubadoras y me vendría muy bien un poco de ayuda.

Cale dudó una vez más. ¿Dejar a Mondragó con Bronco y los dragones gemelos? ¡Eso no podía acabar bien!

—Yo… es que… —empezó a decir Cale.

—Cale, vas a tener que aprender a confiar en mí —dijo Antón molesto con tanta indecisión—. Ya te he dicho que estos dragones son inofensivos. Además, eres el hijo del alcalde, y ayudar en la dragonería es parte de tu formación, sobre todo, ahora que tu padre viaja tanto.

Cale no quería llevarle la contraria a Antón. Abrió la pequeña puerta y metió a su dragón en el corral. Mondragó, pensando que era la hora de jugar, empezó a olfatear a los otros dragones y a mover la cola de un lado a otro para animarlos, pero los dragones bajaron la cabeza hasta el suelo y lanzaron llamas por la nariz para advertirle que no se acercara ni un centímetro más.

—Antón, ¿has visto eso? —preguntó Cale preocupado—. ¡Lo están amenazando!

—Mira que eres cabezota. Deja al dragón ahí y ven ya de una vez —dijo Antón dándose media vuelta para ir hacia las incubadoras.

Cale lo siguió, pero no dejaba de mirar hacia atrás para ver qué estaba pasando en el corral. Mondragó seguía intentando jugar, y los tres dragones lo miraban y rugían con cara de pocos amigos.

«Esto no tiene buena pinta —pensó Cale—. Ninguna buena pinta…».

Antón ya se había alejado mucho y Cale tuvo que correr para alcanzarlo.

Llegaron a la zona donde estaban las seis pequeñas cabañas de madera.

—Aquí están las incubadoras —explicó Antón—. Presta mucha atención. Esto no lo puedes olvidar. Hay seis tipos de dragones: misterimorfos o dragones de agua, velocípteros o dragones de viento, mandibulados o dragones de fuego, compactiformes o dragones de tierra, cazaríferos o dragones de las cuevas y multimembrados o dragones de hielo. Las incubadoras donde están los huevos de estos dragones necesitan condiciones especiales de temperatura, humedad y luz. Un pequeño error, un descuido, y las

crías de dragón no se desarrollarían bien. Dos veces al día, tengo que entrar en las incubadoras y comprobar que todo está en orden. Empezaremos por esta —añadió señalando la primera cabaña.

Cale intentó recordar todos los nombres. Imposible. ¡Era demasiada información!

Antón abrió la puerta de madera e invitó a Cale a pasar.

CAPÍTULO 3

LAS INCUBADORAS

En cuanto entraron en la incubadora, los recibió una oleada intensa de humedad. El interior de la cabaña era un verdadero vergel. Había plantas por todas partes con grandes hojas verdes y flores extrañas. Del techo colgaban lianas que atravesaban la pequeña habitación de un lado a otro. El suelo de la cabaña estaba inundado, y el agua le llegaba a Cale por los tobillos.

Cale se acercó a observar una planta con una protuberancia en forma de cabeza y una boca abierta que mostraba dos hileras de dientes afilados. La superficie era tan brillante y llamativa que Cale no pudo resistir acercar la mano para tocarla, pero en cuanto lo hizo, algo lo empujó hacia un lado y lo tiró al suelo. ¡PLAS!

—¡NO! —gritó Antón—. ¡NO LA TOQUES!

Antón agarró una rama gruesa cubierta de hormigas y la puso cerca de la planta. La planta abrió la boca pringosa y, ¡CRAC!,

partió la rama entre sus dientes como si fuera un palillo. ÑAM, ÑAM, ÑAM, se oyó mientras devoraba a las hormigas. ¡Era una planta carnívora! A Cale le dio un escalofrío al ver que estaba rodeado de esas plantas, que parecían acercarse a él peligrosamente.

—Se ve pero no se toca —dijo Antón ayudándolo a levantarse del suelo—. Mira, eso que ves ahí es un huevo de misterimorfo —explicó.

—¿Misterimorfo? —preguntó Cale.

—Sí, se llaman así porque nunca sabes el aspecto que van a tener los dragones al nacer —dijo Antón—. Son dragones de agua, poco comunes. Les gusta nadar y suelen madurar más tarde que los demás. Tú conoces muy bien a uno de ellos.

—¡Mondragó! —dijo Cale. A su dragón le encantaba el agua y, efectivamente, eso de madurar no iba mucho con él.

—Solo tenemos cinco huevos de misterimorfo y ya les queda muy poco para abrirse —dijo Antón—. Ese es uno. Busca el resto y asegúrate de que están en buen estado.

Cale miró a su alrededor y vio dos huevos con manchas de diferentes colores escondidos entre las flores. Había otro flotando en el agua y uno más tapado por las hojas de una planta carnívora.

Hacía mucho calor y a Cale le caían gotas de sudor por la frente. Por suerte, una vez que terminaron la inspección, Antón salió de la

cabaña.

—Todo parece estar en orden —dijo cerrando la puerta.

Mientras se dirigían a la siguiente cabaña, Cale echó un vistazo al corral donde había dejado a Mondragó. Le extrañó ver que los cuatro dragones se habían quedado completamente inmóviles mirando unos matorrales, alertas como perros de presa.

«¿Qué estarán mirando?», se preguntó.

No tuvo tiempo de descubrirlo. Antón ya estaba en la siguiente incubadora, un edificio alto y estrecho de madera.

—No te duermas, Cale —lo llamó mientras empujaba la puerta con todo el peso de su cuerpo haciendo un gran esfuerzo—. Ayúdame a abrirla.

Cale corrió a su lado y apoyó el hombro contra la madera. Algo ofrecía resistencia. Poco a poco, consiguieron empujar la puerta y Cale descubrió de qué se trataba.

Un sistema sofisticado de molinos creaba un gran vendaval en el interior, como un potente tornado. El remolino de aire atraía a Cale hacia el centro, pero Antón lo mantenía bien agarrado por el cincho para que no saliera volando. Antón levantó la voz para que se le oyera sobre el silbido del viento.

—En el ojo de este pequeño huracán hay huevos de velocípteros. Son dragones de viento, ágiles y grandes voladores. Karma y Kudo, los dragones de tus padres, son de esta especie.

Cale pensó que Flecha y Bruma, los dragones de sus amigos Arco y Mayo, también debían de pertenecer a este grupo porque siempre ganaban todas las competiciones de vuelo.

Entrecerró los ojos e intentó mirar en el centro del pequeño huracán para ver si distinguía los huevos, pero era imposible ver nada. El viento le azotaba el pelo y hacía que le llorasen los ojos.

FIUUUUUU FIUUUUU. Se oía el intenso sonido del viento. Fue entonces cuando se oyó otro ruido. Sonaba desde el exterior.

¡GRRR, GRRR!

—¿Has oído esos rugidos? —preguntó Cale.

—Sí —dijo Antón—. Es normal. Estamos en una dragonería y los dragones rugen.

—Ya, supongo —contestó el chico, a pesar de que le había parecido que aquellos rugidos no eran de dragones.

Una vez que engrasaron las piezas de los molinos, se dirigieron a la incubadora de los dragones de tierra. Antes de entrar en la cabaña, Cale volvió a mirar hacia el corral. Mondragó había metido el morro dentro de uno de los matorrales y movía la cola muy contento.

«Seguro que ha encontrado un conejo o una comadreja», pensó. Eso explicaría los extraños rugidos.

—Cale, ¿vienes? —lo llamó Antón desde la tercera cabaña.

—Ya voy —contestó el muchacho corriendo hacia él.

La tercera incubadora tenía un montículo de arena rojiza en el centro. La tierra parecía estar removida, como si algún animal hubiera estado escarbando. Seguramente eran animales que buscaban refugio en el fresco interior de la arena.

Un par de alacranes amenazaban a los recién llegados encima del montículo con su pinza trasera levantada.

Cale apoyó la espalda contra la pared al verlos. ¡Las incubadoras estaban llenas de peligros!

—Ten cuidado donde pisas —le advirtió Antón—. Los huevos blancos de los compactiformes están enterrados ahí abajo. Un paso en falso y podrías acabar con las vidas de esas pequeñas criaturas. Estos dragones son compactos, como el mismo nombre indica. Rechonchos y poco ágiles, pero muy resistentes.

—¡Como Chico, el dragón de Casi! —contestó Cale sin apartar la vista de los alacranes.

—Efectivamente —dijo Antón—. Veo que aprendes rápido.

Antón se agachó, apartó los alacranes de un manotazo y empezó a palpar la tierra para asegurarse de que estuviera bien apelmazada.

—Ayúdame con esto —dijo Antón—. Tienes que asegurarte de que no haya ningún agujero.

Cale se arrodilló y apretó la arena seca con las manos sin dejar de mirar a los alacranes, que ahora estaban en una esquina de la cabaña más furiosos que antes.

Mientras movía la tierra, oyó más rugidos que venían del corral. ¡GRRRRRR, GRRRRRR!

Recordó que los dragones de Murda y de Wickenburg eran carnívoros. Si Mondragó había encontrado una comadreja, era posible que estuvieran dándole caza. Sintió pena por la pobre presa. Con esos dragones no tenía escapatoria.

Cale se asomó por una ventana que tenía cerca y se quedó boquiabierto. ¡No eran los dragones carnívoros los que perseguían a

la comadreja! ¡Era Mondragó, que estaba persiguiendo un matorral! ¡Pero eso era imposible! ¡Los arbustos no se mueven!

—Antón, el matorral… se está moviendo… —balbuceó Cale.

Antón no lo oyó. Estaba demasiado ocupado metiendo la mano en uno de los agujeros que había en la tierra como para prestarle atención. Por fin, sacó una serpiente que se retorció en su brazo.

—Ya te tengo —dijo—. Esta es una glotona. Será mejor que la saque de aquí antes de que haga un estropicio. Vamos, que todavía nos quedan tres más.

En cuanto salieron, Cale vio que Mondragó se había tumbado encima del arbusto, pero las ramas se movían como si estuviera intentando escapar.

Bronco y los dragones gemelos olfateaban otros matorrales.

«Qué raro —pensó Cale—. Esas plantas se comportan como animales…».

Cale y Antón entraron en la cuarta incubadora, la de los dragones multimembrados, animales de seis patas, dos colas o dos cabezas, como el de Antón. Por dentro, la cabaña estaba hecha de bloques de hielo, como un iglú. En el centro había varios cubos grandes de hielo y dentro de cada uno brillaba un huevo de color azul intenso.

Hacía tanto frío que Cale empezó a tiritar. Le castañeaban los dientes. Sin embargo, a Antón no parecía afectarle la temperatura y se dedicó a inspeccionar lenta y cuidadosamente la superficie de los bloques de hielo.

—Estos están a punto —dijo cuando terminó—. Cuenta las grietas de los bloques donde están los huevos. Cada grieta indica el número de meses que llevan en incubación. Cuando tienen diez, las crías ya están maduras y pueden salir en cualquier momento.

Cale empezó a contar, pero con el frío le temblaba la mano y perdía la cuenta todo el tiempo.

—Una, dos… nueve… ¿o eran ocho? —dijo empezando otra vez —. Una, dos…

Casi todos los bloques de hielo tenían nueve o diez grietas. ¡Pronto nacerían las crías de dragón!

Una vez terminado el recuento, Antón cerró bien la puerta y se dirigió a la siguiente incubadora.

—Dos más y habremos terminado —dijo dejando a la serpiente en el suelo. Esta se alejó rápidamente y se metió entre unos arbustos.

¡GRRRR, GRRRR!

«Ahí debe de haber otra comadreja», pensó Cale.

A continuación, inspeccionaron la cabaña de los cazaríferos. Era una cueva oscura en la que revoloteaban cientos de murciélagos. Los chillidos de los animales se le clavaron a Cale en los oídos. Se llevó las manos a la cabeza para protegerse de sus vuelos rasantes.

—Aquí lo único que tenemos que hacer es comprobar que no se haya desprendido ningún huevo del techo —explicó Antón.

Cale miró hacia arriba. Del extremo de unas estalactitas colgaban telas de araña en las que descansaban los huevos de color gris. Con el aleteo de los animales, las telarañas se balanceaban de un lado a otro.

El suelo de la cabaña estaba cubierto de estalagmitas, y como Cale estaba distraído intentando protegerse de los murciélagos, se tropezó con una y cayó de rodillas al suelo.

—No te quedes mucho tiempo ahí —dijo Antón— ¡o acabarás cubierto de arañas venenosas!

Cale se incorporó de un salto. ¡Arañas venenosas! ¡Lo que faltaba! Se sacudió la ropa para asegurarse de que no se le había subido ningún repugnante bicho.

Después de examinar toda la cueva, Antón comentó que a las crías todavía les quedaban unas semanas para madurar y desprenderse del techo.

Por fin salieron hacia la última cabaña.

Mondragó seguía jugueteando entre los arbustos.

Cale sonrió al verlo. Ya casi habían acabado y pronto podrían reunirse con sus amigos.

Antón se acercó a un pozo y llenó un cubo de agua.

—En la última incubadora están los mandibulados —explicó Antón—. Necesitamos agua para avivar las ascuas. Estos dragones de fuego son los más fuertes del reino. Desde que nacen, lanzan grandes bolas de fuego por la boca y son muy difíciles de domar.

—Como Bronco y… —empezó a decir Cale, pero un grito de Antón lo interrumpió.

—¡NO! —gritó—. ¡NOOO!

Algo iba mal. Muy muy mal. La puerta de la sexta cabaña estaba abierta de par en par. Dentro de la incubadora se veía un brillo rojo muy intenso.

Antón salió disparado.

—¿Quién ha entrado aquí? —gritó metiéndose en la incubadora. Cale entró detrás de él—. ¿QUIÉN?

En ese instante, la puerta se cerró detrás de ellos… ¡PAM!

Oyeron algo que se arrastraba por afuera y se apoyaba en la puerta bloqueando la salida. PLOP.

¡Estaban encerrados!

CAPÍTULO 4

¡ATRAPADOS!

Antón dejó el cubo de agua en el suelo y se abalanzó contra la puerta. Intentó abrirla, pero era imposible. Empujó con todas sus fuerzas. Nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cale.

No necesitaba una respuesta. Estaba claro que alguien… o algo… los había encerrado. Pero ¿por qué?

Cale notó un calor sofocante. Le daba la sensación de estar dentro de un horno. La cara le ardía y sentía que apenas podía respirar.

Por primera vez se fijó en el interior de la cabaña. En el centro había un círculo de ladrillos bordeando unas brasas ardientes que emitían un calor asfixiante. Entre las brasas descansaban los huevos de los dragones mandibulados. Eran de un color amarillo intenso y parecían de oro macizo.

La temperatura subía cada vez más. Ningún ser humano podría resistir ahí mucho tiempo. Si Cale y Antón no salían pronto, morirían asfixiados.

Cale miró a Antón. El dragonero golpeaba la puerta y gritaba desesperado.

—¡ABRE INMEDIATAMENTE O TE LAS VERÁS CONMIGO! —exigió. Pero nadie contestó.

Desesperado, Cale buscó una salida o algo que pudiera ayudar a abrir la puerta. Fue entonces cuando vio el cubo de agua.

«Esto por lo menos apagará las brasas», pensó. Agarró el cubo y vertió su contenido en las ascuas.

¡FSSSHHHHHH, FSHHHHH!

Las brasas empezaron a chisporrotear. ¡En lugar de apagarse se habían encendido más!

—¡NO! ¡¿Qué has hecho?! ¡El agua aviva estas ascuas! —gritó Antón arrebatándole el cubo de la mano—. ¡Vamos a asarnos vivos!

Efectivamente, el calor era tan intenso que Cale sintió que se le chamuscaba la piel.

—Tenemos que hacer algo —dijo Antón. Observó la ventanita que había en la parte de arriba de la pared. Era demasiado pequeña para que pudieran meterse, pero si conseguían abrirla, por lo menos entraría un poco de aire fresco—. Cale, súbete a mis hombros —ordenó—. Tienes que abrir esa ventana como sea.

Cale obedeció y trepó por la ancha espalda del dragonero, pero cuando consiguió alcanzar la pequeña abertura y asomarse, en lugar de romperla se quedó completamente paralizado. No podía creer lo que veían sus ojos.

Los arbustos parecían haberse multiplicado y se movían de un lado a otro.

Entre sus ramas se asomaban una especie de patas que avanzaban a toda velocidad. Más que plantas parecían animales salvajes. Algunos habían rodeado a los dragones gemelos y a Bronco. Otros intentaban perseguir a Mondragó, pero el dragón pensaba que era un juego y corría alegremente de un lado a otro dándoles coletazos.

—¿Qué… qué es eso? —balbuceó Cale aterrorizado.

De pronto, se oyó un gran rugido, ¿o era un grito? Como si hubieran escuchado una orden, unos arbustos se dirigieron a las incubadoras. Abrieron las puertas de par en par ¡y se metieron dentro!

—¡CALE! —gritó Antón intentando soportar el peso del chico y aguantar el calor asfixiante—. ¿QUÉ HACES? ¡ROMPE LA VENTANA!

—Las… las plantas están… —intentó explicar el chico.

—¡LA VENTANA! —repitió Antón a punto de desfallecer.

Cale por fin reaccionó. Sin embargo, no tenía nada a mano para romper el cristal. Solo le quedaba una opción. Cerró los ojos, apretó el puño con fuerza y, ¡CHAS!, de un golpe, consiguió atravesar el cristal de la ventana, que estalló en mil pedazos.

Una brisa fresca entró por el hueco y Cale respiró hondo. Con la tensión, ni siquiera notó los cortes que se había hecho en la mano.

—¿Qué es lo que está pasando ahí afuera? —preguntó Antón un poco más aliviado.

Cale se volvió a asomar.

La zona de las incubadoras ahora era un caos absoluto. En el centro, había un arbusto que emitía extraños rugidos y movía las ramas como si estuviera dando instrucciones, mientras los otros arbustos corrían de un lado a otro, destrozando el lugar y cogiendo todo lo que podían encontrar: cubos, palas, sacos de pienso…

Por la puerta abierta de la cabaña de los cazaríferos salió un arbusto con uno de los huevos grises entre sus ramas, seguido de cientos de murciélagos que chillaban y aleteaban furiosos. El tornado de la incubadora de los velocípteros también encontró la salida y se hizo más grande. Voló por encima de los tejados de las otras cabañas, arrancando a su paso las tejas, las maderas y la paja que los cubría, y después desapareció en el cielo. Uno de los huevos había salido disparado del remolino de aire. Inmediatamente, un arbusto saltó y consiguió atraparlo entre sus hojas justo antes de que cayera al suelo.

Las otras incubadoras corrían la misma suerte. El agua que cubría los huevos de los misterimorfos se extendía por la entrada de la cabaña, y las plantas carnívoras asomaban la cabeza y cerraban la boca intentando atrapar a un matorral que huía con uno de los huevos de manchas de colores.

Otro arbusto había sacado de la incubadora iglú un bloque de hielo. El huevo azul parecía latir dentro del cubo helado mientras el agua se derretía a gran velocidad.

Una planta, cubierta de tierra rojiza, llevaba entre sus ramas un huevo de color blanco mientras varias serpientes salían reptando de la incubadora de los compactiformes para perseguir al ladrón.

El resto de los arbustos golpeaban las paredes y las ventanas con las palas y las herramientas que habían encontrado. ¡Las estaban destrozando!

—Las plantas… —dijo Cale sin salir de su asombro— ¡están robando los huevos y rompiéndolo todo!

—¿QUÉ? ¿LAS PLANTAS? ¡Eso no tiene ningún sentido! —retronó Antón—. ¡Vamos, baja! ¡Tenemos que hacer algo!

Antes de saltar al suelo, Cale echó un último vistazo para buscar a su dragón. ¿Dónde se habría metido?

Por fin lo encontró. Mondragó estaba persiguiendo a una pequeña planta que huía asustada del inmenso animal. Antes de que lograra escapar, el dragón pegó un salto y cayó encima de ella. La planta se retorció y gimió bajo el peso de su cuerpo.

—¡MONDRAGÓ! —llamó Cale—. ¡AYÚDANOS!

Al oír la voz de su dueño, el dragón se quedó inmóvil y levantó la cabeza. Miró hacia la incubadora. Le pareció haber oído a Cale, pero ¿dónde estaba?

—¡AQUÍ! —gritó el chico—. ¡VEN!

¡Mondragó divisó la cabeza de Cale asomada por la ventana rota! Se levantó y salió trotando tranquilamente con la cola en alto hacia la cabaña para saludarlo.

¿Podría ayudarlos?

CAPÍTULO 5

MONDRAGÓ AL RESCATE

Cale se bajó de un salto de los hombros de Antón. El dragonero se apoyó en la puerta agotado. Estaba sudando y respiraba con dificultad. El calor intenso de las brasas hacía que el aire fuera irrespirable.

—¡Date prisa, Mondragó! —rogó Cale pegando la oreja en la puerta.

Oyó las pisadas de su dragón, que se acercaban a la cabaña. Después se detuvieron.

Cale se agachó e intentó mirar por la pequeña rendija que había debajo de la puerta. Era tan estrecha que apenas podía ver nada, pero le pareció distinguir las cuatro patas de Mondragó y algo más. Debía de ser lo que bloqueaba la puerta.

Afuera, su dragón miraba la incubadora con la cabeza ladeada. Estaba confundido. No entendía por qué su dueño no salía a recibirlo. ¿Estaría jugando al escondite? Se acercó a olisquear y Cale notó su aliento por debajo de la puerta.

En ese momento al chico se le ocurrió una idea brillante. Se puso de pie y metió la mano en el bolsillo de su pantalón. ¡Todavía tenía el pienso que le había dado Antón!

—¡Mondragó! —gritó poniendo la mano cerca de la rendija de la puerta—. ¡Mira lo que tengo! ¡Una galletita! ¿La quieres?

El goloso dragón la olió y empezó a ponerse nervioso. Movía la cola contento y le caía la baba por la boca. ¡Haría lo que fuera por un poco de comida! Apoyó las patas delanteras en el tronco que habían utilizado para bloquear la entrada y lo empujó.

¡PLAM! ¡El tronco cayó al suelo!

Antón seguía apoyado en la puerta y notó que la madera cedía con su peso. Haciendo un gran esfuerzo, la empujó con la poca energía que le quedaba. El tronco seguía bloqueando la salida, pero poco a poco, la puerta fue cediendo hasta dejar un estrecho hueco por el que pudieron colarse. ¡Ya eran libres!

En cuanto salieron al exterior, Cale y Antón tomaron grandes bocanadas de aire. Antón jadeaba y apoyaba las manos en las rodillas intentando recuperarse. Unos minutos más y no lo habrían podido contar.

Cale corrió a abrazar a Mondragó.

—¡Nos has salvado! —dijo mientras su dragón comía de su mano las galletitas que le había prometido. Después, Mondragó le olfateó el bolsillo para ver si había más. Cale miró a Antón—. Menos mal que no practiqué mucho la primera lección, ¿no? —bromeó.

Pero no era momento de bromas.

¡La dragonería seguía en peligro!

Los arbustos, al ver que sus prisioneros habían conseguido escapar de la incubadora, salieron huyendo a la velocidad del rayo en todas direcciones. Algunos iban cargados con las herramientas y otros llevaban los huevos de dragón que habían robado de las incubadoras. Eran muy rápidos y muchos ya habían desaparecido de la vista.

—¡Se escapan! —gritó Cale.

Antón observó la escena durante un segundo para intentar entender lo que estaba pasando. La situación era preocupante. ¡Sus incubadoras! ¡Su trabajo de tantos años! ¡Las futuras crías de dragón! ¡Todo lo habían echado a perder aquellos extraños seres verdes en tan solo unos minutos!

Tenían que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

Con el ceño fruncido y los ojos brillando de furia, tomó una decisión.

—Cale, ¡ve detrás de ellos! —ordenó—. ¡Intenta atrapar a alguno! Yo tengo que quedarme aquí para salvar todo lo que pueda.

Cale dudó. ¿Él solo? ¿Enfrentarse a esas criaturas cubiertas de hojas?

¡Por supuesto! ¡Haría lo que fuera por los dragones!

—¡Vamos, Mondragó! —dijo llevándose a su dragón hacia el mondramóvil.

En su vehículo de madera vio la jaula con la paloma mensajera.

«Será mejor que pida ayuda a mis amigos», pensó Cale. Abrió la bolsa de los libros del colegio que había dejado en su vehículo y sacó un pergamino y una pluma. Con la mano temblorosa, escribió un mensaje:

¡S. O. S.! ¡DRAGONERÍA!

Después, lo enrolló y lo metió en la pequeña funda de cuero que tenía la paloma en la pata. Sujetó la paloma en alto y la lanzó al aire.

—Busca a Casi. Rápido —ordenó. La paloma salió volando como un proyectil rumbo al castillo de su amigo. Su destino no estaba lejos y Cale esperaba que sus amigos recibieran pronto el mensaje y acudieran en su ayuda.

Después, ató a Mondragó a las cinchas del mondramóvil, se subió en el vehículo y sujetó las riendas con fuerza.

La mayoría de los arbustos ladrones ya habían desaparecido, pero Cale pudo divisar a dos de ellos a lo lejos. Uno parecía un pequeño abeto con sus ramas llenas de agujas. El otro era algo más robusto y tenía las hojas grandes y las ramas cubiertas de espinas. Entre ellas se asomaba el huevo blanco que había robado de la cabaña de los compactiformes.

—¡POR AHÍ! ¡VAMOS! —gritó Cale.

Mondragó miró en la dirección que señalaba su dueño y localizó a las plantas que huían dejando un rastro de hojas. Perseguir animales era uno de sus juegos preferidos y no pensaba dejar que se le escaparan. Bajó la cabeza y salió al galope, haciendo que el mondramóvil diera saltos con las irregularidades del camino. Cale se agarró con fuerza para no caerse.

Los arbustos avanzaban rápidamente por el estrecho camino. Unas pequeñas patas mugrientas y delgadas asomaban por sus ramas más bajas. Cale se encontraba demasiado lejos para distinguir si eran pezuñas o garras, pero estaba claro que no se trataba de plantas. Debajo de aquellas hojas había animales, bestias veloces y astutas que parecían conocer perfectamente el lugar y sabían adonde se dirigían.

¡La persecución había comenzado! Mondragó galopaba por el terreno pedregoso sin apartar la vista de sus presas y Cale agitaba las riendas para animarlo.

Los arbustos huían a toda velocidad hasta que llegaron a una bifurcación en el camino. Se hicieron unos gestos con las ramas y el abeto tomó la ruta de la izquierda y la planta más grande se metió por la derecha.

Cale sabía perfectamente a cuál debía seguir, al que llevaba su botín, el huevo blanco de un dragón de tierra. Tiró de las riendas a la derecha y Mondragó se desvió y continuó la marcha.

La distancia entre ambos se acortaba. ¡Pronto le daría caza!

Sin embargo, cuando Cale pensaba que lo iban a conseguir, el arbusto giró otra vez a la derecha, se metió entre dos árboles y comenzó a subir una ladera rocosa.

Mondragó fue detrás, pero al ver las piedras empinadas, frenó en seco. Sabía que no podía subir por ahí con el mondramóvil detrás. La parada repentina hizo que Cale saliera volando por los aires.

¡AAAHHHH!

Aterrizó con un fuerte golpe. ¡PLOP!

El arbusto viviente se dio la vuelta al oír el ruido, y al ver que Cale estaba en el suelo y Mondragó se había detenido, aprovechó para ganar terreno.

Cale no pensaba dejar que se escapara tan fácilmente. Se incorporó apoyándose en una piedra grande y empezó a trepar por las rocas. A pesar de que le dolía todo el cuerpo, no pensaba abandonar ahora que lo tenía tan cerca. Mientras subía por la ladera, observó a su enemigo, que brincaba de una roca a otra con gran facilidad. Cuando apoyaba sus patas mugrientas en las rocas, hacía que se desprendieran las piedras y salieran rodando cuesta abajo, en dirección a Cale, que se agachaba para esquivarlas sin aminorar la marcha.

¡Tenía que alcanzarlo! ¡Tenía que salvar a la futura cría de dragón que había dentro del huevo antes de que fuera demasiado tarde!

Cale se resbaló en una piedra. Por suerte, esta vez no se cayó. Sin embargo, estaba agotado. Los cortes que tenía en la mano, la caída y el haber estado aprisionado en aquel horno sofocante lo habían dejado débil y deshidratado. Su enemigo estaba consiguiendo alejarse, y él apenas tenía fuerzas para continuar.

Sabía que lo iba a perder, y tendría que regresar a la dragonería y comunicarle las malas noticias a Antón.

Mientras observaba frustrado cómo se le escapaba aquel extraño animal, no se dio cuenta de que algo se acercaba por detrás. Algo que iba por el aire a toda velocidad directamente hacia él.

CAPÍTULO 6

AMIGOS AL RESCATE

ZUUM.

El dragón pasó rozándole el pelo. Cale se lanzó al suelo y se cubrió la cabeza con las manos. Un segundo más tarde y lo habría derribado.

—¿Qué pasaaaaaaaa? —dijo una voz.

Cale levantó la vista y vio a Arco, que planeaba por el cielo a lomos de Flecha. El chico hizo que su dragón diera una vuelta en el aire y aterrizara en las rocas cerca de su amigo.

Un poco más tarde apareció Mayo con su dragona Bruma, seguida de Casi con Chico. Casi llevaba la paloma mensajera de Cale posada en su hombro.

¡Habían recibido el mensaje!

Cale sonrió. Sabía que sus amigos nunca le fallarían.

Mayo desmontó de su dragona y se acercó a Cale para ayudarlo a levantarse.

—¿Qué ha pasado? ¡Estás sangrando! —dijo.

Cale se miró la mano y vio los arañazos que se había hecho con el cristal de la ventana de la incubadora. ¡No se había dado cuenta hasta ese momento! Sin embargo, eso ahora no importaba. Tenía que recuperar el huevo de dragón.

—Luego os lo cuento —dijo levantándose—. ¡Ahora tenemos que atraparlo! ¡Allí está! ¡Rápido! —dijo señalando el arbusto que había llegado a la cima de la cuesta rocosa.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Casi.

—Ni idea, pero han robado huevos de dragón. ¡Vamos! —apremió Cale.

—¡Este se va a enterar! —dijo Arco dándole un toque de talones a Flecha para que alzara el vuelo y persiguiera al arbusto.

Mayo empezó a subir las rocas a toda velocidad seguida de Cale. Casi apremió a su dragón para que se acercara a la planta por un lateral.

Esta vez no escaparía.

Pronto consiguieron rodearlo. El dragón de Arco estaba delante del arbusto viviente y movía las alas para impedir que siguiera avanzando. Casi le bloqueaba la salida por la derecha mientras que Mayo y Cale se acercaban por detrás.

¡Ya lo tenían!

El ser verde se detuvo y observó a los cuatro chicos que lo miraban amenazadoramente. Estaba cansado y jadeaba, haciendo que sus hojas se movieran arriba y abajo. Entre sus ramas parecían asomarse dos pequeños ojos negros y brillantes que miraban temerosos a los cuatro chicos que lo rodeaban y se acercaban cada vez más. Desesperado, empezó a buscar a su alrededor la manera

de escapar. A pocos metros de donde estaba, descubrió la entrada de una madriguera. Era un pequeño agujero negro escondido entre las rocas. El arbusto miró una vez más a los chicos. De repente, echó la rama con la que sujetaba el huevo de dragón hacia atrás para tomar impulso y, con un rugido, ¡lo lanzó por los aires! Después se agazapó y salió arrastrándose hacia la madriguera.

—¡No! —dijo Cale al ver como el huevo blanco daba vueltas por el aire y bajaba por la colina rocosa en dirección a donde estaba su dragón esperándolo. ¡Tenía que atraparlo antes de que se cayera al suelo y se rompiera! Bajó a toda velocidad por las rocas con los brazos estirados para intentar atraparlo.

Mondragó también lo vio. ¡Atrapar objetos al vuelo era otro de sus juegos favoritos! El dragón movió la cola, abrió la boca y se preparó para alcanzarlo.

—¡Mondragó, no! —gritó Cale. Sabía que su dragón destrozaría el huevo entre las mandíbulas—. ¡No te lo comas!

Demasiado tarde, el huevo iba directo a la boca de Mondragó.

Mientras tanto, el arbusto había conseguido meter medio cuerpo en la estrecha madriguera. Mayo lo persiguió, y antes de que consiguiera meterse del todo, se lanzó encima de él y lo agarró por las ramas.

—¡AY! —exclamó al notar cómo se le clavaban las espinas en las manos.

El arbusto forcejeó con todas sus fuerzas para quitarse a la chica de encima, pero Mayo no pensaba soltarlo. Con los talones clavados en el suelo, tiraba de sus ramas hacia atrás evitando que se metiera en el agujero. El ser verde se defendía y le arañaba con sus ramas llenas de espinas.

—¡Ayuda! —gritó Mayo a sus amigos.

Arco y Casi se habían quedado observando cómo el huevo daba vueltas en el aire y Cale intentaba alcanzarlo. Al oír el grito de Mayo, se volvieron y vieron a su amiga peleando con la criatura verde.

Arco reaccionó en el acto. Salió volando con su dragón hasta la entrada de la madriguera, se puso de pie sobre la silla de Flecha ¡y se tiró encima del arbusto!

¡PLAF! ¡Consiguió aterrizar de pie sobre sus ramas!

—¡Tachán! —gritó Arco levantando los brazos en el aire.

Notó que algo se movía debajo de sus pies, y de pronto, la masa de hojas aplastada se quedó completamente inmóvil bajo su peso. Ya no ofrecía ninguna resistencia. Ni siquiera parecía estar respirando.

Casi se acercó con su dragón, desmontó y observó el matorral.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Está muerto?

Arco se bajó del arbusto y Mayo soltó la rama que tenía en la mano. La planta seguía sin moverse. Arco empujó las ramas con un pie para ver si reaccionaba. Nada. Con mucho cuidado, se agachó para darle la vuelta.

—Vamos a ver qué tipo de animal se esconde aquí —dijo.

—Ten cuidado —dijo Casi—. No me fío ni un pelo de esa cosa.

Arco agarró una de las ramas y la giró.

El extraño ser parecía no tener cuerpo. Las patas negras que habían visto antes habían desaparecido. Solo quedaban unas cuantas ramas con espinas y hojas.

—Qué raro —dijo Mayo—. Es como si se hubiera quedado hueco por dentro.

Arco levantó los restos del matorral. Ahora entendía perfectamente lo que había pasado.

—¡Mirad! ¡Es un abrigo de hojas! —dijo mostrándoselo a sus amigos. El disfraz de arbusto tenía dos mangas cubiertas de ramas y una capucha con dos agujeros para poder ver. Por dentro estaba forrado de musgo—. Consiguió escapar sin que lo viéramos y nos ha dejado esto de recuerdo.

Mayo se acercó a la madriguera. Se asomó por el agujero y vio un rastro de hojas.

—¡Está aquí dentro! —dijo.

—¡Tenemos que seguirlo! —exclamó Arco dirigiéndose a la madriguera dispuesto a continuar la persecución.

—Espera, Arco —dijo Casi sujetándolo del brazo—. Puede ser peligroso. No sabemos si ahí dentro hay más o si están armados.

—Casi tiene razón —dijo Mayo—. Deberíamos ir a buscar refuerzos y volver a investigar en otro momento. Ahora lo más

importante es recuperar el huevo de dragón.

Los tres miraron hacia el lugar donde se había dirigido Cale para intentar atrapar el huevo.

Él tampoco tenía buenas noticias.

CAPÍTULO 7

¡ÑAM, ÑAM!

Cale estaba sentado en el suelo con la frente apoyada en las manos y un gesto de desesperación. No había conseguido llegar a tiempo.

Su dragón permanecía a su lado con la cabeza levantada. Por las comisuras de la boca le goteaba un líquido blanquecino. Mondragó miraba a su dueño orgulloso. ¿Por qué Cale no estaba contento si había conseguido atrapar el huevo? ¿No era ese el objetivo del juego?

Mondragó abrió un poco la boca y escupió unos trozos de cáscara de huevo que cayeron a los pies de Cale.

¡Ñam, ñam!

Cale cogió uno de los trozos y lo observó con tristeza. ¡Mondragó se había zampado la cría del dragón de tierra! Sabía que no podía reñirlo porque en realidad él no entendía muy bien lo que había hecho, pero eso no impedía que Cale se sintiera totalmente descorazonado. ¿Cómo se lo iba a explicar a Antón? Iba a ser un golpe duro para el robusto dragonero, que dedicaba todos los días de su vida a criar dragones y nunca había tenido que enfrentarse a una situación así.

Mientras Cale pensaba en lo que debía hacer, Casi, Arco y Mayo bajaron por la ladera rocosa para reunirse con su amigo. Llevaban a sus dragones por las riendas y los dirigían con cuidado para que no se tropezaran con las piedras. Arco se había puesto el disfraz de planta. Era justo de su tamaño. Cuando llegó donde estaba Cale, le puso una mano en la espalda y le preguntó:

—¿Se ha comido el huevo?

Cale asintió con la cabeza y le mostró el trozo de cáscara que sujetaba en la palma de la mano. Después levantó la vista, y cuando vio a su amigo envuelto en el abrigo de hojas, pensó que era el matorral ladrón y se incorporó de un salto, listo para atacarlo.

—¡TE VOY A…! —exclamó lanzándose a sus ramas.

—¡Tranqui, tranqui, que soy yo! —lo interrumpió Arco quitándose la capucha para que pudiera verle la cara—. ¿Ves? Es solo un disfraz de planta. No conseguimos atrapar al ladrón, pero por lo menos ahora sabemos que usaba esto de camuflaje.

Cale observó el disfraz. Ahora sabía con certeza que no se trataba de plantas, sino de criaturas que se escondían entre ramas y hojas.

—¿Crees que dentro había una persona? —preguntó.

—Tiene toda la pinta —contestó Casi, que había llegado a su lado. Después sonrió y añadió—: Y si es un adulto, desde luego es un poco bajito.

—Nos tienes que contar de dónde salió esa cosa y qué está pasando —dijo Mayo.

Su amiga tenía razón. Hasta ese momento, Cale no había tenido tiempo para ponerlos al día. Les contó a sus amigos cómo a Antón y a él los habían encerrado en la incubadora horno mientras decenas de seres disfrazados de plantas se dedicaban a robar los huevos de los dragones y a destrozar las incubadoras. También les contó cómo Mondragó había conseguido sacarlos de la cabaña.

—Sé que esta vez ha metido la pata, pero Mondragó nos ha salvado la vida —dijo mirando a su dragón, que seguía moviendo la mandíbula como si estuviera mascando goma—. Ahora tenemos que volver a la dragonería para contarle a Antón lo que hemos descubierto… y que no he conseguido recuperar el huevo blanco.

—Cale, no te eches la culpa. Hiciste todo lo que pudiste —dijo Mayo poniéndole la mano en el hombro—. Antón lo entenderá perfectamente.

En ese momento, Mondragó comenzó a portarse de una manera extraña. Movía la cabeza de un lado a otro y empezó a correr en círculos y arrastrando el mondramóvil con él. Estaba enloquecido. Después de dar unas cuantas vueltas, se detuvo y se rascó el morro con la pata delantera.

—¿Qué le pasa? —preguntó Casi.

—¿Le habrá sentado mal el huevo? —dijo Arco.

Mondragó se arañaba la cara con fuerza. Parecía que algo le estaba picando y quería quitárselo de encima.

—Cálmate, Mondragó —dijo Cale acercándose a él e intentando apartarle la pata de la cara—. Déjame ver qué tienes ahí.

El dragón estaba demasiado nervioso y no dejó que su dueño lo ayudara. De pronto, cerró los ojos, levantó la cabeza, la echó hacia atrás y…

¡ACHÚS!

Estornudó lanzando por la nariz una inmensa bola de fuego y escupiendo algo por la boca.

Cale se apartó de las llamas justo a tiempo.

—¡Salud! —dijo—. ¿Estás mejor?

Su dragón ya se estaba calmando, aunque ahora miraba fijamente algo que había en el suelo. Los cuatro amigos también lo vieron.

—¿Qu… qué es ESO? —preguntó Casi señalando el lugar donde había escupido Mondragó.

Allí, encima de unas hojas, había una pequeña masa cubierta de babas. Era redonda y de color azul brillante. Empezó a moverse lentamente, como si se fuera a abrir. Los chicos retrocedieron unos pasos y Arco sacó su tirachinas y puso una piedra en la tira de cuero, listo para disparar. Unos segundos más tarde, de la masa babosa se asomó una cabeza con una boca muy grande y varios dientecitos que asomaban de la mandíbula inferior. Extendió una cola larga con rayas blancas y unas placas más oscuras en la parte superior.

La pequeña criatura se levantó y se tambaleó torpemente sobre sus débiles patas. Después perdió el equilibro y rodó por el suelo.

—¡Es una cría de dragón! —exclamó Mayo.

—¡Mondragó no se la ha comido! —dijo Cale aliviado—. ¡Ha conseguido salvarla!

Al oír su nombre, Mondragó pensó que su dueño le estaba dando permiso para inspeccionar al dragón recién nacido y se acercó a olfatearlo. La cría, cuando vio la inmensa nariz del animal, se incorporó y le lanzó unos pequeños rugidos.

¡Grrr, grrr!

El gran dragón se alejó sobresaltado y se escondió detrás de Cale.

—¡JA, JA! —se rio Arco guardando su tirachinas en el bolsillo—. ¡Pequeñita pero matona!

La cría de dragón volvió a levantarse. Esta vez, sus patas no se tambalearon como antes. Dio unos pasitos cautelosos y miró a los cuatro chicos, que la observaban con una gran sonrisa en la boca. Era un animal realmente adorable. Con sus patitas delgadas y moviendo la cola, se acercó a Casi, que se había sentado en el suelo para observarlo. La cría se subió a las piernas del chico y se acurrucó en ellas.

—¡Oh! —exclamó este tomándolo entre sus brazos. Inmediatamente, el dragoncito se quedó dormido en su regazo y empezó a emitir unos leves ronquidos—. ¡Qué mono!

—Es una cría de compactiforme, un dragón de tierra, igual que Chico —explicó Cale recordando las lecciones de Antón—. Seguro que su instinto le dice que ese es tu tipo de dragón y confía en ti.

Arco y Mayo se acercaron a acariciar al pequeño dragón. Tenía la piel cubierta de unas escamas diminutas y suaves.

Los cuatro amigos se quedaron mirando a la cría. Sus respectivos dragones también se acercaron a observarla. Todos menos Mondragó, que seguía un poco sorprendido con esa cosa tan pequeña que se había atrevido a gruñirle.

Después de un rato, Cale se incorporó. Había llegado la hora de regresar.

—Tenemos que volver y llevar a esta cría a la dragonería —dijo Cale subiéndose al mondramóvil. Después miró a Arco, que seguía con el disfraz de planta puesto—. Y Arco, creo que deberías quitarte esto para que Antón no te confunda con uno de los ladrones.

—Tienes razón —dijo Arco. Se quitó el abrigo de hojas y lo guardó en las alforjas de su dragón. Después se subió encima de Flecha y le dio un toque con los talones—. ¡Vamos!

Casi le pasó la cría de dragón a Mayo y su amiga la sujetó mientras él se subía a su dragón. Una vez sentado en la montura, Mayo se la devolvió y Casi la puso en su regazo, bien protegida. Después chasqueó la lengua y su dragón Chico alzó el vuelo y se puso detrás de Flecha.

Mayo se subió en Bruma y los siguió.

Cale agitó las riendas y Mondragó salió por el camino de tierra, con sus tres amigos sobrevolando por encima de ellos, en dirección a la dragonería.

«Espero que Antón haya conseguido salvar al resto de las crías», pensó Cale mientras corrían de vuelta.

No sabía lo equivocado que estaba.

CAPÍTULO 8

UN PANORAMA DESOLADOR

Cale y sus amigos recorrieron la ruta de vuelta a toda velocidad. Por el camino, Cale se hacía miles de preguntas. ¿De dónde habían salido esos seres disfrazados de plantas? ¿Por qué habían robado los huevos de dragón? ¿Por qué habían querido destruir las incubadoras? Era imposible que fueran de Samaradó. En su pueblo no había delincuentes y nadie se atrevería a hacer algo así. Entonces, ¿de dónde habían venido? A lo mejor el dragonero había conseguido atrapar a alguno y le había sacado toda la información.

Cuando llegaron a la dragonería, Cale supo que Antón no podría responder a ninguna de sus preguntas. Por lo menos, no de

momento.

El panorama que se encontraron era realmente desolador. La zona de las incubadoras estaba cubierta de escombros. Había tejas y astillas de madera esparcidas por todo el suelo. Los dragones jóvenes que estaban en los corrales se pegaban a sus madres buscando refugio y gemían asustados. El corral donde antes estaban los dragones gemelos y Bronco tenía la puerta rota ¡y los dragones habían desaparecido!

«¡Murda!», pensó Cale. Pero eso era imposible. Murda y su padre estaban muy lejos, en la Tierra Sin Dragones. No podía ser. Alejó esos pensamientos de la mente y decidió no compartirlos con nadie.

Cale observó las incubadoras destrozadas con las puertas colgando de sus bisagras. Las plantas carnívoras yacían en la tierra y abrían la boca desesperadas por alcanzar algún insecto volador. El hielo de la cabaña de los multimembrados se derretía a toda velocidad. Apenas quedaba una fina lámina de hielo sobre los huevos azules. Las brasas de la incubadora de los mandibulados se estaban apagando. Los murciélagos volaban en círculo sobre la cabaña de los cazaríferos, lanzando chillidos intensos y casi chocándose contra las paredes de la incubadora en busca de refugio.

«¿Dónde está Antón?», se preguntó. No tardó en localizarlo.

El dragonero se había subido a una de las cabezas de su dragón bicéfalo e intentaba reparar el tejado alto de la incubadora de los velocípteros, martilleando con rabia las maderas. La otra cabeza de su dragón sujetaba con la boca un cubo lleno de clavos.

—¡Antón! —lo llamó Cale.

Al oírlo, Antón le ordenó a su dragón que lo pusiera en el suelo y corrió a recibirlos.

—¿Habéis conseguido atraparlos? —preguntó ansiosamente.

Cale tiró de las riendas y Mondragó se detuvo a su lado. Casi, Arco y Mayo tomaron tierra. Sus tres amigos miraban horrorizados la escena. Apenas reconocían el lugar que tantas veces habían visitado con sus dragones.

—Bueno, no hemos conseguido atrapar al ladrón, pero tenemos una cría de compactiforme —dijo Cale—. Casi, enséñasela a Antón.

Casi se bajó de su dragón con la cría entre los brazos y se acercó al dragonero.

Antón levantó las cejas y respiró aliviado. Después tomó al pequeño dragón y lo puso en el suelo. El dragoncito empezó a

gemir asustado e intentó volver con Casi.

—Veo que te tiene mucho cariño —dijo Antón. Sin embargo, antes de devolvérselo quería examinarlo bien. Observó cómo se movía, le inspeccionó la boca y los ojos y recorrió con la mano su columna vertebral. Una vez terminado el reconocimiento, se lo pasó de nuevo a Casi—. Por suerte, está sano y salvo —dijo—. Es la única buena noticia del día…

—¿Qué ha pasado con los otros huevos de dragón? —preguntó Cale.

—Los ladrones han conseguido llevarse por lo menos uno o dos de cada cabaña y han destrozado todas las incubadoras. Voy a tener que trabajar día y noche para reparar los daños, y aun así, no sé si conseguiré salvar a las crías.

Antón bajó la mirada. Estaba completamente destrozado.

Los cuatro chicos se quedaron mirándolo sin saber muy bien qué decir. Lo único que sabían con certeza es que debían hacer algo. ¡Tenían que encontrar a los ladrones!

Cale rompió el silencio.

—¡Nosotros te ayudaremos! —ofreció—. ¿Quieres que le envíe una paloma mensajera a mi padre para avisarlo?

Antón lo miró con el ceño fruncido.

—No serviría de nada. Tu padre está visitando pueblos muy lejanos, Cale —dijo Antón—. Ninguna paloma puede volar tan lejos y encontrarlo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Mayo.

Antón se frotó la barba pensativo. Había estado tan ocupado intentando reparar los daños que no había tenido tiempo para idear un plan. Cale y sus amigos lo observaban impacientes. Por fin, el dragonero respondió:

—Quienquiera que esté al mando de esta banda de ladrones ha conseguido lo que venía a buscar: los huevos de dragones —dijo—. Si la gente del pueblo se entera, se movilizará por su cuenta para salir a buscarlos y cundirá el pánico. No podemos permitir que eso suceda. Debemos dejar que los ladrones piensen que se han salido con la suya, localizarlos y sorprenderlos.

—Haremos lo que tú nos pidas —dijo Cale.

—¡Eso! ¡Vamos a atraparlos! —dijo Arco deseando empezar una nueva aventura.

—¡Arco, eso no es tan fácil! —protestó Casi—. Cale ha dicho que eran muchos, y seguramente son muy peligrosos. Nosotros solo somos cuatro niños y Antón.

—Y nuestros dragones… —añadió Mayo—. Yo estoy dispuesta a intentarlo. Antón sabe más que nadie de dragones y entre todos podremos vencerlos.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Cale—. Ya nos hemos enfrentado antes a grandes peligros y hemos salido sin problemas. Esta vez no será diferente. Debemos intentarlo.

—Yo me apunto —dijo Arco.

Casi dudó. A él no le gustaba el peligro ni las aventuras tanto como a sus amigos. Prefería quedarse tranquilamente en su castillo planeando nuevos inventos y armando maquetas. Observó a la cría de dragón que dormía plácidamente en sus brazos y pensó en las otras crías que habían robado. Quién sabía lo que los ladrones pensaban hacer con ellas. Un dragón en las manos equivocadas podía convertirse en un animal muy peligroso. No podía dejar que eso sucediera.

—Contad conmigo —dijo por fin.

Arco le dio una palmada en la espalda a su amigo.

—Muy bien —dijo Antón algo más animado—. Lo primero que tenemos que hacer es reparar las incubadoras inmediatamente. Antes deberíais enviar palomas mensajeras a vuestros castillos para decirles a vuestros padres que vais a estar aquí ayudándome. Tenemos mucho trabajo.

Los cuatro chicos se acercaron a sus dragones y enviaron sus palomas mensajeras. Sabían que sus padres no les pondrían ningún problema por llegar tarde si estaban con Antón. Cuando las palomas alzaron el vuelo rumbo a su destino, los chicos se volvieron a reunir con Antón.

—Cale, tú te encargarás de avivar las ascuas de la cabaña de los compactiformes, sabes muy bien cómo hacerlo —ordenó el dragonero.

—¡Por supuesto! —dijo Cale, y corrió al pozo a sacar un poco de agua.

—Mayo y Arco, vosotros tenéis que reparar la puerta de los multimembrados y llenar la incubadora de bloques de hielo. En la cámara fría del sótano de mi casa encontraréis algunos —continuó Antón.

Poco más tarde aparecieron cargando bloques de hielo en unos sacos de arpillera. Arco llevaba el suyo colgado a la espalda.

—Oye, esto está muy frío —dijo. Mayo lo miró con una ceja levantada.

Antón siguió dando instrucciones:

—Casi, tú tienes que intentar reparar el mecanismo de molinos de los velocípteros mientras yo termino de reparar el tejado.

—¡Eso déjamelo a mí! Los aparatos mecánicos son mi especialidad. Pero ¿qué hago con la cría de dragón? —preguntó Casi.

—Es demasiado joven para dejarla sola y necesita calor. Amárratela con una manta a la cintura, eso la mantendrá protegida —dijo Antón.

Casi rebuscó en las alforjas de su dragón. Allí siempre llevaba todo tipo de objetos para cualquier emergencia. Con una mano sacó una manta de las alforjas. Después dejó al dragoncito en el suelo, y la cría empezó a gemir de nuevo.

—Tranquila, es solo un segundo —dijo Casi. Se amarró la manta a la espalda y metió a la cría dentro. El dragoncito pronto se volvió a quedar dormido. Después, el chico agarró sus herramientas y acudió a ayudar a Antón con el molino.

Casi estudió con atención el mecanismo:

—Este diseño es un poco anticuado. Dame un poco de tiempo y verás como lo mejoro —dijo mientras tomaba medidas con una cinta métrica y anotaba números en un pergamino.

El trabajo de reconstrucción había empezado.

CAPÍTULO 9

UNA NUEVA MISIÓN

Los cuatro chicos y Antón trabajaron sin parar. ¡Hasta los dragones colaboraron! Bruma, Chico y Flecha cargaban troncos pesados, sujetaban las puertas de las cabañas mientras sus dueños las clavaban en su sitio y recogían trozos de madera con la boca y los metían en el mondramóvil. Después, Mondragó depositaba la carga en el suelo para que Antón pudiera hacer una hoguera y así tener más brasas. Era un sistema muy efectivo, salvo las veces que Mondragó se distraía y salía corriendo detrás de algún conejo y Cale tenía que ir a buscarlo para que volviera a su trabajo.

Casi consiguió mejorar y reparar el mecanismo de los molinos de viento, y dentro de la cabaña se formó de nuevo el huracán que protegía los huevos que quedaban de los velocípteros. Las plantas carnívoras volvían a estar en la incubadora de los dragones de agua y se alimentaban de los mosquitos que salían de los restos de la paja con la que estaban reparando el tejado. Los chicos habían atrapado a los murciélagos con una red y una vez más volaban dando chillidos dentro de su cueva, mientras que la temperatura de la cabaña iglú empezaba a bajar y se formaba hielo alrededor de los huevos azules.

Todavía quedaban algunas pequeñas reparaciones por hacer, pero ya se había hecho de noche y apenas se podía ver bajo la luz de la luna menguante.

—Creo que por hoy es suficiente —dijo Antón—. Habéis hecho un gran trabajo. Ahora debéis volver a vuestros castillos. Mañana nos espera otro largo día.

—¿Y qué hacemos con la cría de dragón? —preguntó Casi.

Antón la observó. Seguía acurrucada en la manta que se había atado el chico a la cintura.

—Será mejor que te la lleves esta noche a tu castillo para que se sienta protegida. Tráela mañana a ver cómo sigue —dijo Antón.

Casi sonrió. No quería separarse del dragoncito.

Cale sacó un poco de agua del pozo para saciar la sed de todos. Sus amigos y Antón se acercaron a beber. Los cinco observaron su trabajo orgullosos. Estaban sucios, agotados ¡y muertos de hambre! Pero había merecido la pena.

—Mañana volveremos y no descansaremos hasta recuperar a todas las crías —prometió Cale antes de subirse al mondramóvil para regresar a su castillo. Sus amigos se montaron en sus dragones y alzaron el vuelo.

Sabían que su misión no había hecho nada más que empezar.

TIPOS DE DRAGONES

Existen seis tipos de dragones diferentes. Antón, el dragonero, es el encargado de asignar cada dragón a su correspondiente dueño. Antes de hacerlo, analiza la personalidad de esa persona, el lugar donde vive y las actividades a las que se dedica. Tener un dragón es una gran responsabilidad. Los dragones son animales muy fieles, protegen a sus dueños y los llevan de un lugar a otro, pero los dueños también deben cuidar y proteger a sus dragones.

DRAGONES DE TIERRA O COMPACTIFORMES

Son animales tímidos y cariñosos. Tienen las patas cortas y el cuerpo pequeño en comparación con otros dragones. No son muy ágiles, pero sí muy fuertes, y pueden llevar grandes cargas. Les gusta dormir en camas mullidas de paja y no necesitan hacer mucho ejercicio.

Chico, el dragón de Casi, es un dragón de tierra.

DRAGONES DE FUEGO O MANDIBULADOS

Estos dragones son animales dominantes y agresivos, muy difíciles de adiestrar. Suelen ser de color rojo brillante. Lanzan grandes bolas de fuego por la nariz y gruñen sin parar. Con disciplina y alguien que sepa dominarlos, son animales formidables e incansables. Les gustan los lugares cálidos.

Los dragones gemelos del exalcalde Wickenburg y de su hijo Murda son dragones de fuego.

DRAGONES DE AGUA O MISTERIMORFOS

Reciben este último nombre porque nunca se sabe qué aspecto van a tener. Son los únicos dragones a los que les gusta el agua.

Suelen ser juguetones y muy traviesos. Como son bastante tragones, conviene controlar su dieta para que no engorden. Son el compañero de juego perfecto, pero se distraen mucho y es probable que hagan que su dueño siempre llegue tarde.

Mondragó es un dragón de agua.

DRAGONES DE LAS CUEVAS O CAZARÍFEROS

Estos dragones son muy buenos cazadores. Tienen un gran sentido del olfato y pueden ver en la oscuridad. Se mueven sigilosamente. Son animales nocturnos y no les gusta madrugar. Sus dientes afilados son muy útiles para cortar cualquier cosa.

El dragón de Fierro, el herrero, es un cazarífero.

DRAGONES DE VIENTO O VELOCÍPTEROS

La característica principal de estos dragones son sus enormes alas, que les permiten tener grandes destrezas de vuelo. Son muy ágiles y los animales más veloces que existen. Les gustan los espacios grandes y necesitan hacer mucho ejercicio para mantenerse en forma.

Flecha, el dragón de Arco, y Bruma, la dragona de Mayo, son dragones de viento.

DRAGONES DE HIELO O MULTIMEMBRADOS

El cuerpo de estos dragones es muy diferente al del resto. Pueden tener dos cabezas, dos colas o seis patas. Son muy útiles en trabajos de construcción o para realizar distintas tareas a la vez.

Resisten temperaturas frías y les gustan las montañas y las actividades al aire libre.

El dragón bicéfalo de Antón es un dragón de hielo.

Ana Galán nació en Oviedo, España, el 3 de septiembre de 1964, pasó su infancia y gran parte de su juventud en Madrid.

Desde pequeña supo que quería ser veterinaria, y no paró hasta conseguirlo.

Vive en Nueva York, y en las pocas ocasiones en las que no está delante de su ordenador escribiendo, contestando correos electrónicos, hablando o descargando fotos, se dedica a jugar y a entrenar a un labrador para que un día se convierta en un gran perro-guía para ciegos.

Es la autora de *El club Arcoíris* entre otros muchos libros para niños y jóvenes.